

Papá Pepe

Su familia

Es sábado y papá Pepe se nos fue hace varios meses. Estamos reunidos sus hijos José, David, Nuria y Maxi, su mujer, nuestra madre, en torno a una mesa, su mesa, con el sonido de fondo del fogón que calienta el asador repleto de carne, pollo asado con el mojo secreto de Pepe Cañada. Flota en el ambiente un aire de añoranza cuando sentimos, más que recordamos, que esto era una de las cosas que más le gustaban: ver a toda la familia comiendo junta entre risas y fiestas. Y con frecuencia, siempre llegaba alguien más que, inmediatamente, se convertía en invitado.

Recordamos cosas que nos contaba de su vida. Cuando sólo tenía dos años, su madre se quedó sola y tuvo que luchar duramente para sacar adelante a sus cinco hijos. Ya a los diez, dejó la escuela para ponerse a trabajar y ayudar a la subsistencia de la familia. Por las noches asistía a clases para poder sacar el graduado escolar. Y hablaba con cariño de Teodoro, encargado de una finca en Las Aguas (San Juan de La Rambla), que le preguntaba sobre ríos, cordilleras, provincias,... Leía novelas de western y así no gastaba en ir al cine y poder ahorrar para hacer su casa.

A los diecinueve años construyó su primera casa en la que nacieron sus tres hijos. Mucho más tarde edificó, con sus propias manos y la ayuda de su sobrino Berto, su última vivienda, también en su Cañada, abierta a todos los horizontes de La Guancha. Se sentía especialmente orgulloso de la bodega de piedra donde guardaba su preciado tesoro, vino tinto listán negro “sin química”.

Desde muy niño, trabajó en el campo, en galerías, en la construcción,...Durante veinte años fue concejal del Ayuntamiento de La Guancha formando parte del grupo gobernante, y otros cuatro, en la oposición. Su actuación en estos años se caracterizó por ayudar a todos los vecinos sin tener en cuenta su condición o ideología.

Su familia, Maxi y sus tres hijos, por la que siempre luchó, fue el eje de su vida. Se sentía muy feliz cuando podían viajar todos juntos y disfrutar de unos días descanso. Los cinco nietos, Saúl, Sara, Ángela, Raquel y Esther, llenaron de alegría la última parte de su vida; cada día esperaba tenerlos en casa y los subía a sus hombros y zarandeaba provocando las risas de los menudos.

Fomentaba las capacidades y aficiones de sus hijos, sea cuales fueran: José pilotaba coches de rallye y David pintaba coches; permitió la instalación de un taller de pintura en el garaje de su casa y luego se iba de viaje por la isla y otras islas con el coche pintado y pilotado por su hijo.

En una época jugó al fútbol en el equipo del Guancha y durante años practicó la caza deportiva; su hijo José lo sigue haciendo todavía.

El trabajo en el campo es duro y no siempre agradecido, pero nos enseñó desde pequeños todo lo que debemos saber para llevarlo a cabo y extrapolar todo eso a los diferentes aspectos de la vida, sea cual fuere nuestra ocupación. Cada uno de sus hijos recibió un trozo de terreno que estamos trabajando como nos enseñó. Se sentía muy orgulloso cuando veía una mesa con todos los productos de su huerta y decía “todo lo que está en la mesa salió de la huerta, y sin veneno”.

Una de las grandes sorpresas de su vida fue el conocer a su hermanastro Antonio, nacido en Venezuela y residente en Suecia, al que acogía en su casa de buen grado cuando viajaba a Tenerife. Mantuvo con él una relación excelente y compartían juntos buenos momentos cuando se encontraban.

Luchó mucho por superar su enfermedad: hizo dietas, para activar su corazón y que estuviera fuerte caminaba cada día desde de La Casa de la Pradera hasta Icod el Alto o en la Avenida de Garachico. Cuando sufrió el ictus y perdió casi por completo el habla, la escritura y la lectura, nunca se rindió y se recuperó con la ayuda de Alejandra, la logopeda, su nieto Saúl y todo el resto de su familia.

Recordamos, y echamos de menos, su humor, sus bromas y, especialmente, sus dichos que, en muchas ocasiones, servían para relajar ambientes tensos: “Si te duele, pues duélele tu a ella”; “Comer y rascar no es más que empezar”; “Dice el pastor en la fuente, primero bebe el ganado y luego la gente”; “Una mesa sin pan es como un jardín sin flores”; “Esto no hay perro que se lo coma”; “ En la espera te esquino”; “Para decirlo por delante te lo digo por detrás”; “A ese lo operan y queda peor”...

Evocamos anécdotas: las cosquillas que nos hacía de pequeño, la ramera de vino que se bebió José, los pantalones rotos en las tablas de San Andrés,...

Poco a poco se va haciendo el silencio. Todos sentimos que papá Pepe nos observa con una sonrisa y diciendo “qué sí, muchá, mira pa eso”.